

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

“Deslindando créditos”

p. 31-38

Martín Quirarte

Carlos Pereyra. Caballero Andante de la Historia

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1952

214 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, 29)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/026/Carlos_Pereyra.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



DESLINDANDO CREDITOS

En la segunda edición de “Juárez, su Obra y su Tiempo”, publicada en 1948, no sólo se ha tratado de fijar con toda exactitud la paternidad que del libro corresponde a cada uno, sino que se intenta hacer un juicio crítico, aunque somero, sobre los dos historiadores.

Quien prologa el libro es una de las notabilidades más destacadas de la intelectualidad mexicana de nuestro tiempo. El encargado de hacer las anotaciones es un historiador de suprema competencia, que hace trece años publicó la mejor obra histórica sobre don Lucas Alamán.

El prologuista que ha ahondado tanto en el estudio de don Justo Sierra, no penetra sin embargo en la misma forma en Pereyra. Y por lo que respecta al historiador de Alamán, hay que decir que en esta ocasión no juzgó con la misma fineza analítica de antaño.

En 1905 Pereyra el autor de “*Juárez Discutido*” y de la obra llamada “*De Barradas a Baudin*”, tenía ya un sólido prestigio. Pereyra había refutado los ataques antijuaristas hechos por Bulnes, mucho antes de que lo hiciera don Justo Sierra. Se considera que si Pereyra habiendo sobrevivido treinta y cinco años a la muerte de don Justo, no deslindó personalmente sus créditos, “todo parece indicar que no lo hizo por juzgarlos de menor cuantía”.¹⁵

La explicación es mucho más sencilla y convincente. Pereyra fué un hombre en constante renovación. Toda su vida

15 “Juárez, su Obra y su Tiempo”, ob. cit., pág. 8.



P R I M E R O S V U E L O S

de investigador, puede considerarse como un esfuerzo de rectificación. En su juventud había tenido una fervorosa admiración a Juárez. Pocos años después de la publicación de “*Juárez, su Obra y su Tiempo*”, su cariño al hombre había disminuído:

“El título de Gran Americano discernido a Rosas, es una de las designaciones más justas de la historia, y nacida del corazón del pueblo, tiene que ser rectificadas por el espíritu de análisis. Este título es mil veces más merecido que el de *Benemérito de las Américas* con que se ha consagrado el renombre de Juárez. No discuto si Juárez valía personalmente más que Rosas. Inferior a éste en talento, le superaba tal vez en el conjunto de cualidades a que se llega por la meditación. Los dos tuvieron en el más alto grado las virtudes fundamentales de los grandes caracteres: los dos fueron de una firmeza incommovible en sus designios. Ninguno de los dos poseyó condiciones de gran estadista: Juárez, apático, y Rosas activo, no crearon, porque a los dos les faltaba por igual esa chispa de la imaginación constructora que se llama genio político en los hombres de gobierno. El humildísimo indio mixteca¹⁶ y el gran señor de prosapia castellana, se igualaban en las altas esferas del poder y de la autoridad por el don de mando que los distinguía como dueños absolutos de sí mismos y con personalidad suficiente para no tener iguales ni competidores en el prestigio de la autoridad”.¹⁷

Y más tarde, en los últimos años de su vida su desprecio a Juárez era inmenso.

¿Podría pensar Pereyra “en deslindar sus créditos”? No le interesaba ya el tema y hubiera tal vez deseado no haber escrito nunca sobre él. Pero estas son cuestiones de erudición

16 Juárez no era mixteca sino zapoteca.

17 Carlos Pereyra, “Rosas y Thiers”, págs. 151 y 152.



D E S L I N D A N D O C R E D I T O S

que, al fin y al cabo, aunque importantes, no dejan de fatigar la atención del lector. Pasemos al fondo de las doctrinas.

Dentro de la parte de “*Juárez, su Obra y su Tiempo*”, escrita por Pereyra, hay puntos de vista que constituyen rectificaciones a los conceptos aceptados por la generalidad. Se ha hecho un estudio sobre estas afirmaciones de don Carlos, y está contenido en el prólogo y la parte final de la segunda edición del referido libro.¹⁸ Pero el autor de las presentes líneas, no cree que el asunto se haya mirado con toda la seriedad crítica debida.

Los ataques contra los jefes liberales, la admiración que muestra Pereyra por Leonardo Márquez, hacen pensar al prologuista que don Carlos militaba desde entonces en un campo divergente respecto del de Sierra. Las belicosidades de Pereyra son innegables, pero se enderezan fundamentalmente contra tres figuras: González Ortega, Guillermo Prieto y Matías Romero. ¿Estos tres hombres representan todo el partido liberal? De ninguna manera. ¿Y contra los demás jefes liberales como Sebastián Lerdo de Tejada, José María Iglesias, Mariano Escobedo y Porfirio Díaz, utilizaba el mismo látigo? No, lejos de ello procede con el mayor respeto cuando los juzga. Dos hombres pueden militar en el mismo campo histórico, aun cuando difieran en muchos puntos de vista. Para mí ese es el caso de Pereyra y Sierra, en esa época.

Pereyra censura a Matías Romero su torpeza diplomática, que considera que era fatal para su Patria. Para hacer una justa apreciación de sus juicios, sería preciso conocer a fondo la figura de aquel diplomático mexicano. En México, no se han hecho estudios profundos, sobre esta figura histórica. Creo que en los Estados Unidos se han elaborado tesis importantes al respecto, por más que el que esto escribe lo desconoce. Con-

18 Véase prólogo y notas de “*Juárez, su Obra y su Tiempo*”, segunda edición, 1948.



P R I M E R O S V U E L O S

sidera que debe abstenerse de juzgar este aspecto, mientras no tenga la información indispensable. Al hablar Pereyra de la conducta de Guillermo Prieto en la época hacia la que enfoca su lente crítico, para decir que pertenecía a un “*círculo de desprestigiados*”, está dentro de la más estricta verdad histórica.

Cuando se acerca a González Ortega, es cierto que habla de él, con una piedad o tal vez con una irreverencia de psicoanalista, pero en todo caso ¿se podría tratar de otro modo al pintoresco héroe de Peñuelas? En el mismo juicio de Pereyra, no hay sólo dicitos contra el defensor de Puebla, a veces la admiración es innegable:

“El héroe de Puebla fué uno de esos hombres cuya vida se compone de violentas oscilaciones. Pasó sin transición de la oscuridad a la apoteosis y de la apoteosis a la interdicción política. Las cárceles en que estuvo, se le abrieron como manicomios. En verdad, nadie como él ha purgado el delito de ser grande. Nadie como él ha sufrido todas las durezas de la ingratitud humana. Fué un Lear que no recibió en sus canas los besos de Cordelia. Sobre su renombre de paladín, cayó a plomo una despectiva indiferencia. Culpa, dicen los antiliberales, de subir sin mérito. Culpa, en realidad, de haber tenido un mérito superior al de los hombres de peso. González Ortega fué un general poeta como había sido un tinterillo poeta. Su naturaleza era de lírico. Sintió a su tiempo y lo vivió en actos poéticos. Por eso fué rápidamente popular y rápidamente olvidado. Tenía, como Degollado, mucho divino entusiasmo para no ser despedido de la realidad; pero la exclusión que se le impuso no absuelve a la generación que, después de aplaudir el sitio de Puebla, arrinconó a su autor, como se hace con los poetas cuyas obras laureadas no los salvan del desprecio que inspira la miseria”.¹⁹

19 “Juárez, su Obra y su Tiempo”, ob. cit., pág. 424.



D E S L I N D A N D O C R E D I T O S

Pero ha dicho que era “un general poeta como antes había sido un tinterillo poeta”, y esto hace pensar a un historiador que “aquí está presente una vez más, la ironía con que Pereyra se refiere a los jefes liberales”.²⁰ ¿Pero las expresiones de Pereyra al respecto son por ventura un insulto? ¿Acaso González Ortega había hecho sus estudios militares en alguna escuela militar prusiana, o recibido palmas académicas en la Universidad de la Sorbona? Era plebeyo, auténticamente plebeyo por su origen, su educación y su conducta, por ello fué profundamente popular. Juárez también había sido de cuna humilde, pero nadie en el punto culminante de su carrera, pudo haber visto en él a un hombre desprovisto de señorío.

Aun cuando Pereyra tiene para González Ortega unas líneas en las cuales habla de él con dureza suprema y crudeza tremenda, al fin se duele de su desgracia política:

“Los testigos lejanos de los hechos, que vemos en cada cual sus méritos, no podemos asistir sin dolor a estas ejecuciones morales como la que sufrió González Ortega, en las que habla sólo la pasión política para negarle a un hombre hasta los derecho más evidentes y los títulos más reales e indiscutibles al respeto social. Vemos que la lucha política está compuesta de estas amargas exclusiones en que va siempre entañada una suprema injusticia; pero no podemos prescindir de un sentimiento de rebelión contra la dureza de los procedimientos que sirven de molde a la victoria del más fuerte”.²¹

Por otra parte, Pereyra ha hablado en términos admirativos de Leonardo Márquez. Esto ha producido más de algún comentario, que encuentra excesivamente elogioso el juicio de don Carlos. Vamos a ver las opiniones con las que nuestro historiador ha juzgado a Márquez. He aquí una:

20 Ob. cit., pág. 539, nota 21.

21 “Juárez, su Obra y su Tiempo”, ob. cit., pág. 429.



P R I M E R O S V U E L O S

*Márquez era “una inteligencia poderosa y lúcida al servicio de una voluntad formidable. Nadie que lo haya seguido en sus dos vidas —la que terminó con el Imperio y la que ha llevado después— podrá negarle la admiración que arranca una energía extraordinaria encauzada por invariables propósitos”.*²²

La historia puede admirar a un hombre que sea la encarnación del mal. ¿Acaso sólo es lícito hablar en forma admirativa, de lo que con una sensibilidad infantil podría llamarse la historia de los niños buenos?

Un historiador debe admirar la profundidad del bien y la del mal, como exponentes de fuerzas formadoras del drama histórico. Para la historia tanto vale el duque de Alba como San Francisco de Asís, Savonarola como César Borgia. Lo que interesa es reconstruir el pasado con todas sus vibraciones.

Pero con fragmentos de juicio no se pueden dar conclusiones definitivas. Tratándose de responsabilidades tan graves, hay que profundizar más en el análisis. Transcribamos otros puntos de vista de Pereyra:

(El plan de Márquez, para salvar a los defensores del Imperio reunidos en Querétaro), “sabiamente concebido como todos los planes de ese hombre en quien es preciso admirar sobresalientes dotes de inteligencia y de carácter, comprendía dos partes . . .”²³

“Cuarenta y ocho días tenía Márquez de haber salido. (de Querétaro rumbo a México). ¿Qué había hecho? ¿Por qué no volvía? Márquez ha compuesto una defensa de su conducta,

22 Ob. cit., pág. 505.

23 Véase en “Juárez, su Obra y su Tiempo”, en qué consiste este plan de Márquez, para que se juzgue hasta qué punto se justifica el elogio de Pereyra, págs. 497 a 499.



DES L I N D A N D O C R E D I T O S

*en la que de una manera sobradamente artificiosa combate las inculpaciones que sin razón se le han hecho y las que justamente ha merecido. Una vez más aparece hábil abogado de malas causas. No convence de su lealtad, pero deja la impresión de una inteligencia poderosa y lúcida al servicio de una voluntad formidable. Nadie que lo haya seguido en sus dos vidas —la que terminó c. el Imperio y la que ha llevado después— podrá negarle la admiración que arranca de una energía extraordinaria encausada por invariables propósitos”.*²⁴

Es en primer lugar el “abogado de causas malas”, entonces está convencido y lo dice muy claro que era un hombre que ponía su espada al servicio de ideales injustos. Lo considera un inepto para hacer la defensa de su lealtad, pero reconoce en él ya sin usar metáforas, una voluntad formidable, una gran inteligencia y una extraordinaria energía. Reconocerle estas cualidades no implica lisonja, sino demuestra sólo, que era un profundo conocedor de caracteres. ¿Qué, acaso sólo los tipos que la historia ha consagrado como encarnación del bien, pueden tener voluntad formidable, gran inteligencia y extraordinaria energía?

Y sin embargo no mantiene frente a Márquez una posición puramente admirativa:

Maximiliano “*contaba con tres generales; pero más le valía estar solo. Mejía, fingiéndose enfermo, desertaba; Miramón, se dejaba derrotar sin combatir; Márquez, después de hacerse odioso por sus exacciones, había ordenado una expedición mal calculada...* (Es una cosa innegable) *la impopularidad de Márquez aún en su mismo partido, porque este general no tenía condiciones políticas para ser caudillo...*”²⁵

Acusado Márquez por Maximiliano de ser el causante de la ruina del trono, argumenta Pereyra:

24 “Juárez, su Obra y su Tiempo”, pág. 501.

25 “Juárez, su Obra y su Tiempo”, págs. 494 y 498.



P R I M E R O S V U E L O S

“Sería muy largo de referir la expedición de Márquez, para hacer una seria y justa apreciación militar de su conducta. Esto no es posible aquí. Nos limitamos a consignar los hechos esenciales, y desde luego a declarar que la tenebrosa maquinación atribuida a Márquez contra los defensores de Querétaro, es un fabulón originado por el prurito calumniador de Maximiliano, amplificado fantásticamente por los aduladores de Miramón y aceptado por la necesidad que tiene el vulgo de explicar con causas maravillosas los hechos más naturales. Tratándose de Márquez la leyenda encontraba un terreno abonado. ¿De qué misteriosas infamias no era capaz el hombre de los crímenes sombríos?”²⁶

Pero en esta síntesis de la campaña que finalizó con el derrumbe del segundo Imperio, resumida en seis cuartillas, Pereyra encierra tal cantidad de documentación y tan sólidos conceptos, que pocas gentes en la apreciación del tema lo han igualado.²⁷

26 Ob. cit., pág. 501.

27 Véase “Juárez, su Obra y su Tiempo”, págs. 501 a 506.